

EL TESTAMENTO
DE UN HÉROE.

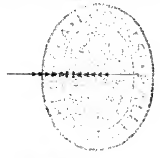
CUADRO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

DON JOSÉ DE AVILA Y DIAZ.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades, la noche del 15 de Agosto, de 1871.



MADRID:

Imprenta de Lázaro Maroto, Cabestreros, 26.

1871.



DEDICATORIA.

Nuestra historia contemporánea conservará siempre con orgullo entre sus páginas, dos nombres ilustres; *Cárlos Rubio* y *Contreras.*

A la memoria de aquel virtuoso y malogrado patricio, y como testimonio de admiracion y cariñoso respeto al digno y valeroso caudillo el Ex-teniente General D. Juan Contreras, dedica esta humilde produccion.

Su Autor.

JOSÉ DE AVILA Y DIAZ.

PERSONAJES.	ACTORES.
CARLOS.	D. Juan Torrecilla.
MAGDALENA.	D.ª Paulina Andrés.
EL DOCTOR.	D. José Jurdao.
DON JUAN.	N. Jurdao.
JOSE.	Ramon Benedi.
MARIA.	D.ª Luisa Maiquez

La accion en Madrid. Epoca la actual.

NOTA. La representacion de esta obra, se debe exclusivamente à la iniciativa de D. Manuel Vera quien animado del mejor deseo y con la incansable actividad que le distingue logró vencer las grandes é infinitas dificultades que á ello se oponian. Quede asi consignado y sirva esta declaracion como una prueba de mi cariñosa gratitud hácia el referido Sr. Vera.

El Autor.

ACTO UNICO.

Sala pobremente amueblada, derecha primer término, una mesa con recado de escribir y sobre ella varios papeles en desórden. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, CÁRLOS *sentado en la butaca y con grandes señales de demacracion en el rostro.*

MAGD. Cómo te sientes?
CÁRLOS. Mejor
La fiebre á ceder empieza
y hoy encuentro mi cabeza
mucho más firme.
MAGD. Valor!
CÁRLOS. Mi alma el valor galardona
y espero nunca me falte.
MAGD. Quiéralo Dios; que ese esmalte
dá más brillo á tu corona.
CÁRLOS. Nada en el mundo me aterra,
ni ante el peligro me inclina.
Pobre alondra peregrina,
vagué errante por la tierra

trás el ideal sublime
que mi voluntá encadena,
con la conciencia serena
del que á su pueblo redime.
Si alguna vez abatido
ante la vil defeccion,
se escapó á mi corazon
un doloroso gemido,
ni supone cobardía
ni vá de mi honor en mengua,
que hartas veces ya mi lengua
despreció la villanía.

MAGD. ¿Y quién podrá suponer
nada, que palidecer
haya tu noble heroismo?

CÁRLOS. Lo ignoro; pero es lo mismo;
Si por acaso héroe fuí,
que lo dudo por mi fé,
mi deber ejecuté;
con mi conciencia cumplí.
Roto de mi pátria el yugo
que con furor la oprimía,
y su garganta ponía
bajo el hacha del verdugo,
logré mi única ambicion,
y estoy ya más que pagado,
con tenerte á tí á mi lado
que alientas mi corazon.
Tu tierna solicitud
contrasta con el desvío
de todo el que hermano mio
se llamó en la esclavitud.
¿Qué me importa su abandono
ni qué su ambicion liviana?
Trás el hoy viene el mañana,
y yo mi mañana abono.
Y cuando la realidad
toquen de su intento vano,
yo volveré á ser su hermano;
les volveré mi amistad.

MAGD. Siempre grande y generoso!
CÁRLOS. Dí mejor, siempre leal.
MAGD. Siempre noble!
CÁRLOS. Liberal,
y digno de ser tu esposo.
Estás llorando!
MAGD. El contento
de escucharte hablar así.
(Señor, ten piedad de mí
mitigando su tormento.)
CARLOS. Ahora te propongo un trato.
MAGD. Tú dirás...
CÁRLOS. Tambien me encuentro,
que quisiera... vete dentro,
y mientras escribo un rato.
MAGD. No por Dios! Y sí despues...
CÁRLOS. Descuida. Si estoy mejor.
Además, que el editor
necesita en este mes
original.
MAGD. (Si supiera
cual es nuestro estado!..)
CARLOS. Nada
Pronto dejo terminada
mi tarea.
MAGD. Considera...
CÁRLOS. Vé tranquila.
MAGD. . (Virgen santa!
Cese esta lucha cruel)
(Dogal impregnado en hiel
que me horroriza y espanta.) (*Váse puerta derecha.*)

ESCENA II.

CÁRLOS, *proponiéndose escribir; se convence de su impotencia, y tirando la pluma se abandona sobre el respaldo de la silla aparentando una calma estóica.*

CÁRLOS. No puedo! Me es imposible!
un brazo enérgico y fuerte,

sobrehumano, irresistible,
me vá arrastrando á la muerte
con rapidez indecible.
Es fuerza! Se ha de cumplir
esa inalterable ley
que ha logrado confundir
al plebeyo con el rey
en un mismo porvenir.
Sueño regenerador,
que nuestra alma precipita
en otro mundo mejor,
donde impalpable se agita
el espíritu creador;
donde al sublime misterio
sucede envidiable calma.
Desconocido hemisferio
do la conciencia y el alma
establecieron su imperio. *(Páusa,)*
¿Y he de morir cuando siento
mi existencia dilatarse,
y en alas del raudo viento
más y más aproximarse
á mi loco pensamiento?
¿He de sentir la crueldad
de esa horrible realidad?
No! mi existencia adorada
es la vida ilimitada
de la alma-humanidad.
Yo soy la rugiente óla
de esa mar embravecida
que llena el espacio sola;
mi alma, là concha en que anida
la libertad española.
Nada me importa de mí,
ni menos aún de mi fama!
sí, la causa en que nací,
la libertad!-pura llama
que alienta mi frenesí!;
hermosa y santa bandera
que la esclavitud redime

de muerte segura y fiera!
ley celestial del que gime;
de la humanidad entera.
Arbol de paz y consuelo
por quien vivir solo anhelo;
que es su esencia el bien fecundo
que sembró Dios en el cielo
para trasplantarlo al mundo.
Mas, qué digo? Necio empeño
de mi ofuscada razon!
Si nuestra vida es un sueño,
¿cómo lograr la ambicion
de aquel soñar tan risueño?

ESCENA III.

CÁRLOS, MAGDALENA, *y el* DOCTOR, *por el foro.*

MAGD. Pero, no será posible...?
EL DOCTOR. Lo dudo.
MAGD. ¿La medicina
no tiene ningun secreto?
EL DOCTOR. Tiene t ntos!
MAGD. ¿Y no indica...
EL DOCTOR. Unicamente el abismo;
mas no marca ni precisa
el instante en que se rompe
el reló de nuestra vida.
MAGD. Paciencia!
EL DOCTOR. Tenga usted fé
porque sin ella no hay dicha.
CÁRLOS. Fuerza será descansar.
MAGD. Cárlos!
CÁRLOS. Qué me quieres?
MAGD. Mira
á quien tienes á tu lado.
CÁRLOS. Ola, Doctor!
EL DOCTOR. ¿Qué se hacia?
CÁRLOS. Nada.
EL DOCTOR. Veamos el pulso.

(La fiebre siempre la misma.)
¿Hay apetito?

Magd. Muy poco.

El Doctor. Entonces con estas píldoras...

Magd. Surtirán efecto?

El Doctor. ¡Sí! *(Escribiendo.)*
(Mitigarán su agonía!)

Cárlos. Quisiera echarme un momento (*á Magdalena*)

El Doctor. Bien pensado. Necesita
tranquilidad. Yo me ofrezco
ir á hacerle compañía.

Cárlos. Gracias.

El Doctor. (*Dando la receta á Magdelena.*)
Puede V. mandar...

Magd. Está bien.

Cárlos Vamos?

El Doctor. (Los Síntomas
son mortales.) *(Quiere darle el brazo.)*

Cárlos. No hace falta.
¿vienes? (*Salen 1.ª puerta izquierda.*)

Magd. Sí; voy enseguida.

ESCENA IV.

MAGDALENA, *con la receta despues de meditar algunos instantes.*

Magd. Dios mio! Cómo salir
de esta situacion tan crítica?
¡Tal vez en esta receta...!
Quién sabe si en estas píldoras
se encierra el secreto santo
que puede salvar su vida,
Pero, cómo?.. esto es horrible!
Estraño furor me agita,
y siento mi corazon
desgarrarse fibra á fibra.
¡Será posible, señor,
que en tu bondad infinita
consientas que muera así...
con hambre, y sin medicinas

para calmar sus dolores
el que mil veces su vida
espuso por aliviar
de su pátria las desdichas?
Oh! No puede ser. Jamás!
Mientras yo á su lado viva,
y en mi pecho aliente el alma
y esa emanacion divina
que se llama caridad,
en España no se estinga,
yo pediré una limosna
como él en París un dia.
La compañera de un héroe
bien puede ser heroina.
(*Se prepara para irse á la calle y al salir aparece José, foro derecha.*

ESCENA V.

MAGDALENA y JOSÉ.

MAGD. ¿Quién será, y en esta hora?
JOSÉ. Pues señor; por el talante...
Dá usted permiso?
MAGD. Adelante.
JOSÉ. Que Dios la guarde, señora.
Don Cárlos Ruiz...?
MAGD. Aquí habita!
Pero está enfermo.
JOSÉ. Lo sé;
ayer mismo me enteré
y por eso es mi visita.
MAGD. Tiene usted necesidad
de verle? Yo soy su esposa
y si quiere...
JOSÉ. Es otra cosa!
francamente; la verdad!
Yo venia, porque... al cabo...
aunque pobre... nunca olvido...
yo soy muy agradecido

y... vamos; no es que me alabo..,
MAGD. (Qué vá á decir?) Tome asiento.
JOSÉ. Con permiso. Pues decia...
(No sé como principiar.)
MAGD. (Pero á dónde va á parar?)
JOSÉ. Mire usted señora mia...
Mi cabeza es muy raquítica,
pero soy un hombre honrado
que en la vida me he mezclado
en asuntos de política.
Yo vivo para el trabajo,
y lo mismo se me dá
mande el de acá que el de allá;
el de arriba que el de abajo.
Ni soy republicano,
ni neo ni progresista,
ni alfonsino, ni unionista.
Yo solo soy artesano;
á Don Cárlos conocí
que la vida me salvó;
y por eso aquí estoy yo,
que he venido... porque sí.
MAGD. ¿Mi esposo?...
JOSÉ. Pues ya lo creo!
Solo por él estoy vivo.
MAGD. ¿Pero como...? Qué motivo...?
JOSÉ. Aun parece que le veo.
El cólera... ya usted sabe...
pues bien, á mí me atacó
como un tiro, y me dejó
en un estado tan grave,
que ya mi pobre mujer
se creyó que me moria
y que á su esposo perdia
para no volverle á ver.
Mire usted qué situacion
para aquella pobrecita,
que mi cara lleva escrita
en mitad del corazon.
Lanzaba gritos fatales

y lloraba como un niño,
porque tambien hay cariño
en los pobres menestrales.
Y recurrió á todo el mundo,
y nadie la consolaba;
y ella... la pobre, lloraba
viéndome yá moribundo. (*Llorando*)
De repente, yo no sé;
un ángel la iluminó,
y de mi casa salió;
y yo... claro! allí quedé.
Aunque yo entonces no estaba
para observar... sin embargo,
en medio de mi letargo
casi todo lo observaba.
Y así pasado un instante,
pude oir confusamente
la voz de un hombre decente
que decia: no es bastante.
Luego mi mujer me dijo
lo que esto significaba.
El hombre aquel me abrazaba
como abraza un padre á un hijo.
Y en medio de mi agonía
y de la lucha cruel
que más que yo, el hombre aquel
con la muerte sostenia
notaba yo que su aliento,
que era cada vez más fuerte,
me libraba de la muerte
que me amenazó un momento.
Después empecé á sudar,
luego, los ojos abrí;
miré: ya no estaba allí
mi santo ángel tutelar.
Pero mi esposa querida,
con un rostro placentero
me dijo: «á ese Caballero
es á quien debes la vida.»
—Corriente: no olvidaré

jamás lo que hizo por mí.—
«Asi me gustas, así»
me contestó. Pregunté,
y nadie razon me dió
de don Cárlos, hasta ayer
que supe con gran placer
que está aquí, y aquí estoy yo.

MAGD. Su buen proceder le abona,
y habla mucho en su favor.

JOSÉ. Pues aún falta lo mejor!
y si usted me lo perdona.....

MAGD. Diga usted.

JOSÉ. (Qué compromiso...!)

MAGD. Vaya, sepamos el caso.

JOSÉ. (En fin, salgamos del paso.)
Ya que usted me dá permiso...
no crea; es muy poca cosa...
es todo pobreza... pero...
Tengo un poquillo dinero...

MAGD. (Qué alma tan generosa...!)

JOSÉ. Como yo no necesito,
lo traigo aquí para...

MAGD. No...!
guárdelo; gracias.

JOSÉ. ¿Quién? ¡Yo!
no señora; lo repito.
Dije que lo traigo aquí,
y aquí se queda, y no hay más.

MAGD. No consentiré jamás...

JOSÉ. Comprendo que un bruto fuí
en no hablar de otra manera...
Como no tengo instruccion...
Pero tengo un corazon
como lo tenga cualquiera.

MAGD. Bien puede vivir ufano
de alimentarse al arrullo
del trabajo; y con orgullo
declarar que es artesano.
Quien como usted se conduce
á pesar de su rudeza,

posee tanta nobleza
como el que blasones hice.
Que no hay título ni honor
más grande y mejor ganado,
que el título de hombre honrado
y de hombre trabajador.
Por lo mismo, en aceptar
su oferta, yá no vacilo.

José. Gracias! me quedo tranquilo.

Magd. (Sin tener que mendigar
podré cuidar su existencia.)

José. Hasta luego. (*Dejando el dinero.*)

Magd. ¿Se vá usted?

José. Al momento volveré. (*Váse.*)

Magd. Lo trajo la Providencia.

ESCENA VI.

MAGDALENA; *el* DOCTOR *y* CARLOS *que han oido las últimas frases.*

Magd. Has escuchado? (*Preparada á salir á la calle.*)

Carlos. ¡Si tal!
ni una palabra he perdido.

Magd. Es tan franco, tan leal!

Doctor. Sus frases me han conmovido.

Carlos. Vale un mundo el menestral.

Magd. Aún hay quien en la afliccion
mitigue tu amargo duelo.

Doctor. Es el justo galardon
conque premia á usted el cielo
su heróica resignacion. (*Váse Magdalena.*)

Carlos. Aunque algo tarde lo admito.

Doctor. Por qué tarde?

Carlos. Porque en breve
será mi existencia un mito
flotando cual pluma leve
por el espacio infinito.

Doctor. A qué augurar de tal suerte

ni pensar de esa manera?

CARLOS. Por qué razon? Qué es la muerte?
sino la ilusion primera
que en realidad se convierte?
¿Sin disputa, usted presume
que la temo? ¡Necedad!
La muerte para mí asume
todo un mundo de verdad
que nuestra vida consume.
La muerte es la libertad!
Sin ella el hombre estaria
siempre uncido al fuerte yugo
de la horrible tiranía,
siendo víctima y verdugo
de su liviandad impía.
Ella destruye el obstáculo
que nuestra dicha sepulta,
es de la fé tabernáculo;
es para el sábio el oráculo
que de continuo consulta.
Es la única existencia,
es del martirio la palma,
es la flor, á cuya esencia
libre respira nuestra alma,
vive feliz la conciencia.

DOCTOR. Sí; pero nadie asegura
ese porvenir soñado.
Quien vive al menos...

CARLOS. Locura!
Para el que vive angustiado,
la vida es la sepultura.

DOCTOR. Entonces, ¿por qué el empeño
y la constante ambicion
de un porvenir alagüeño?

CARLOS Flaquezas del corazon,
vanidad!—Todo es un sueño,
que la razon alucina
en nuestro propio ludibrio,
que nos ciega y nos domina,
y hasta rompe el equilibrio

que nos sujeta á la ruina.

DOCTOR. Pero, ¿á qué hemos de seguir
tan triste conversacion?

CÁRLOS. ¿Triste hablar del porvenir?
Al contrario.

DOCTOR. (La mision
es necesario cumplir.)
¿Hablar de la muerte ahora,
cuando tal vez le sonría
la fortuna bien hechora?

CÁRLOS. Doctor, para suerte mia
desconozco á esa señora.

DOCTOR. Cese el estado fatal
que le agovia, y brille al punto
la dicha. *(Saca un papel.)*

CÁRLOS. Una credencial!
No es mal pensado el asunto.

DOCTOR. (Ya lo decia!) ¿Qué tal?
¿Vé usted cómo arrepentido
al fin enmendó su yerro?

CÁRLOS. Ah! Ya caigo! mi partido
quiere pagarme el entierro.
Oh! moriré agradecido,
á favor tan señalado!
Pero ruego á usted doctor,
que al mismo que se lo ha dado
le devuelva... *(Sorpresa en el doctor.)*
Si señor!
Mi hábito yá está comprado.

DOCTOR. ¿Es posible..?
¿A la vejez
ignoran que há muchos años
mi hábito fué la altivez,
mi costumbre la honradez,
y mi pan los desengaños?
Presumen que aquí se abriga
ese instinto que á ellos ciega
y que su ambicion mitiga,
y habrán dicho: «A ver si pega.»
Un liberal no mendiga.

El hombre que supo hacer
de su pecho una muralla
donde encerrar su deber,
ni el vil metal le avasalla,
ni le hace retroceder.
Prefiere morir luchando
á vencer, su honor vendiendo
á determinado bando;
que es mejor morir viviendo
que vivir agonizando.
Pude tal vez exigir
amparo en la adversidad;
hoy ya, próximo á morir,
mi honor me impide admitir
una limosna. Llevad
ese papel que me ofende;
y decidle á mi partido,
si aun me conoce y entiende,
que; quien como yo ha nacido
honrado, jamás se vende.

ESCENA VII.

Dichos D. JUAN, *que desde el foro ha oido lo último.*

JUAN. (Es él! no me cabe duda.
Ah! con razon admiré
siempre su franqueza ruda)
DOCTOR. Yo siento...
CÁRLOS. No, por mi fé.
Su buena intencion le escuda.
JUAN. Si hicieran todos lo mismo,
nuestra causa no seria,
como es hoy, profundo abismo,
donde impera la falsia,
el medro y el egoismo.
CÁRLOS. Ese dia ha de llegar.
JUAN. Pues, amigo, mucho tarda.
CÁRLOS. Es necesario esperar.
JUAN. Mi alma impaciente le aguarda.

CÁRLOS. Paciencia y no desmayar.
JUAN. Tanto tiempo esperé en vano,
que ya pierdo la esperanza.
CÁRLOS. El triunfo no está lejano,
don Juan; el progreso abanza,
y él descubrirá este arcano.
El á atraves de un camino
desierto y lleno de abrojos,
será el lubrican divino
que haga la luz en los ojos
del cansado peregrino.
JUAN. Vuestra voz escuche el cielo!
CÁRLOS. En él confio, don Juan.
JUAN. Oyendo á usted me consuelo,
CÁRLOS. No será en valde su afan,
ni su incesante desvelo.
Y yá que hablamos así,
quisiera hacerle un encargo.
JUAN. Usted dispone de mí.
CÁRLOS. Pienso hacer un viaje largo.
JUAN. Adonde?
CARLOS. Lejos de aquí.
JUAN. ¿Es broma?
CARLOS. Nò; realidad
Y será muy conveniente
para mi tranquilidad,
dejarlo todo corriente.
—Me voy á la Eternidad!—
JUAN. Usted delira!
CARLOS. No, á fé.
El doctor dirá si miento.
DOCTOR. Aún es temprano....
CARLOS Lo sé.
Para hacer mi testamento
queda lugar, y lo haré.
—Siempre de mí recelosa (*A los dos.*)
la fortuna caprichosa,
á pesar de sus deslices,
no me dió bienes raices;
pero sí una amante esposa.

Otro en mi lugar, tal vez
se hubiera proporcionado
algo para la vejez.
Yo en tal cosa no he pensado;
lo confieso sin doblez.
Pobre y honrado nací;
pobre fuí en la pubertad;
en la pobreza crecí,
y el sol de la libertad,
fué el sol primero que ví.
De mi madre al tierno arrullo
vivió el pensamiento mío
como el fragante capullo
vive al celestial murmullo
de mil perlas de rocío.
Para ser libre educado;
solo en ser libre pensé.
Por la libertá he luchado
sin descanso. No heredé
de mi padre otro legado.
En dároslo no vacilo, *(A D. Juan)*
que sé bien á quien lo doy.

JUAN. Será mi pecho su asilo.

CARLOS. Oh! Gracias. Qué feliz soy!
Ya puedo morir tranquilo.

JUAN. Cumpliré como leal
el compromiso que adquiero.
Seré cual tú liberal;
cual tú noble, y caballero,
lucharé por mi ideal.
Si al caminar tras la gloria
me fuera impia la suerte
recurriré á tu memoria;
que nace al pié de tu muerte
para vivir en la historia.

CARLOS. (No me engañé!)

JUAN. No, por Dios!
Deseche usted toda pena.

DOCTOR. (Qué almas tan nobles las dos!
Y no poder ...)